

número

2

memoria

Revista de Estudios Biográficos

año 2005

J. M. Eça de Queiroz
Victòria Combalia
Donald Shaw
Magdalena Mora
Justo Serna
Eugenio d'Ors



UNIVERSITAT DE BARCELONA



número 2, año 2005

Memoria

Revista de Estudios Biográficos

J.M. Eça de Queiroz

Victòria Combalia

Donald Shaw

Magdalena Mora

Justo Serna

Eugenio d'Ors



UNIVERSITAT DE BARCELONA

U

B

Editorial

Artículos

- 4 El «francesismo» J. M. Eça de Queiroz
- 16 Entre el ensayo y la autobiografía Magdalena Mora
- 40 La pulsión biográfica Maria Antónia Oliveira
- 52 Los cuadernos inéditos de Eduardo Haro Ibars Germán Labrador Méndez
- 63 Conversos, apóstatas e indiferentes Manuel Alberca

Inventario

- 71 Egodocumentos 1994-2004 Unidad de Estudios Biográficos

Entrevistas

- 87 Ahora la aristocracia no es política, es literaria Anna Caballé / Philippe Lejeune
- 89 Autorretrato con retoques Justo Serna / Anna Caballé

Archivo de la memoria

- 97 Extravagancia, impostura y trabajo Randolph D. Pope
- 100 Autobiografía Donald L. Shaw
- 110 Cuadernos de pasión José Rosas Ribeyro
- 120 Las fotografías Victòria Combalia
- 124 Guerra i exili. Un testimoni Remei Pla
- 135 Casi unas memorias (Asís Lazcano ed.) Michi Panero

Pantalla

- 146 ¿Blogo ergo sum? Justo Serna

Reseñas

- 151 Claves de la autobiografía Jordi Amat
- 153 La lección de un maestro Anna Caballé
- 155 Memorias de gente común José Fernández-Arroyo
- 158 La voz insomne de los días Celia Fernández Prieto
- 162 Intimidades de escritorio Betsabé García Álvarez
- 165 Nosotras, alemanas Blas Matamoro
- 170 La eterna huella de todo instante Fernando Rodríguez Badimón
- 174 Radiografía de la corrupción Jordi Amat
- 176 Mujeres rebeldes Anna Caballé

Rescate

- 178 Prólogo al *Epos* Eugenio d'Ors

Varia

Directora: Anna Caballé Masforroll
 Editor: Fernando Rodríguez Badimón
 Consejo de redacción: Manuel Alberca,
 Jordi Amat y Celia Fernández Prieto
 Colaboradores de la UEB: Tania Pleitez,
 Elisenda Lobato, Sabino Méndez,
 Betsabé García Álvarez y Justo Serna.

Publicacions de la
 Universitat de Barcelona
 ISSN: 1696-9863
 DL. 47.942-2003

www.ub.es/ebfil/ueb
 Gran Via de les Corts Catalanes, 585
 08007 Barcelona
 Tel. 93 40 35 6 35
 Suscripciones: Fax 93 40 35 6 96
 unesbio@hotmail.com

Esta revista se financia con la ayuda de la Universitat de Barcelona. La Unidad de Estudios Biográficos continúa vinculada al Programa Sectorial de Promoción General del Conocimiento (HUM04-04308)

Editorial

La década auto/biográfica

In memoriam

Javier Tusell

EN FEBRERO DE 1994 se creó la Unidad de Estudios Biográficos, con el apoyo del Ministerio de Educación y Ciencia a través de su programa de ayudas I+D. Poco antes, y gracias a la buena relación con Philippe Lejeune (nuestro mentor en tantos proyectos), había tenido noticia de la creación de la Association pour l'Autobiographie (APA, 1992) en Ambérieu, cerca de Lyon, que fue un estímulo indudable en la génesis de mi proyecto inicial que inmediatamente contó con el soporte del profesor Manuel Alberca, con el que no he dejado nunca de trabajar y compartir la experiencia de la UEB. Básicamente la Unidad consta de una biblioteca especializada (dos mil volúmenes cuya relación muy pronto podrá consultarse en la red), un archivo de la memoria (cuyo inventario se publica en este número) y un reducido equipo de investigadores (profesores y becarios) cuya línea de investigación es el rescate y estudio de las escrituras auto/biográficas. Lograr un equilibrio óptimo, primero con nosotros mismos (cada uno tiene su línea de investigación, sus propios intereses) y después con el proyecto que nos une en una empresa común es el reto principal que no dejamos de plantearnos. Porque en el ámbito de las Humanidades, en general, no hay una forma de actuar automática o única, como ocurre en las ciencias llamadas duras, sino un continuo avanzar y reflexionar sobre aquello que se ha logrado, sin que los objetivos tengan nunca la nitidez de un propósito netamente científico.

Recuerdo muy bien la fragilidad y la ilusión de los comienzos, el tempranísimo apoyo recibido de parte de José Luis López Aranguren (en este número hemos querido tenerlo presente a través del recuerdo de su discípula y amiga, Magdalena Mora), José Manuel Bleuca, Carlos Castilla del Pino, José Carlos Mainer, Leonardo Romero Tobar y un largo etcétera

de amigos y colaboradores que ayudaron, con su apoyo, a soplar las velas de la ilusión por llegar al puerto de la autobiografía. Desde entonces, el contexto socio-cultural ha variado sensiblemente haciéndose mucho más permeable en el ámbito español a las escrituras personales, que, muy lentamente, van ocupando un lugar en los estudios literarios del que carecían por completo hace unas décadas. Diez años después, y a pesar de las dificultades con que tropieza cualquier proyecto que aspira a sacudir la inercia de los prejuicios empotrados en la institución literaria, la autobiografía goza de una amplia proyección social. De tal modo que nos gusta pensar que no hemos sido ajenos a este cambio de paradigma experimentado y así lo hemos ido constatando en los distintos editoriales de nuestra publicación más que irregular. Sin embargo, no sabría decir si la sociedad española de hoy está mejor preparada para respetar el pasado haciéndolo, al mismo tiempo, responsable. Conciencia histórica, conciencia biográfica: dos caminos que deberían indicar firmemente el futuro. Parece fácil pero no lo es en absoluto.

Este número en nada se distingue de los anteriores –no es un número especial, tampoco de celebración, sí de agradecimiento– a no ser por incluir el inventario de los textos depositados en la UEB a lo largo de este tiempo. Textos de gente corriente (en realidad nada corriente) que han ido dotando nuestro Archivo de la Memoria de sentido. Confirmando el interés que hay por la autobiografía como forma de recuperación y reflexión sobre el propio pasado que dialoga, inevitablemente, con el pasado colectivo, con el pasado de los otros. Y la exigencia implícita de que las instituciones públicas sean conscientes de la importancia de ese patrimonio de escritura, depósito de nombres y vidas humanas sobre el cual se sustenta todo lo demás. ¿Para cuándo la inclusión de autobiografías y memorias en los programas escolares?

La segunda entrega de *Memoria* contiene valiosas colaboraciones. Textos autobiográficos

inéditos que publicamos bien parcialmente, dada su extensión, como el del profesor Donald Shaw, editado por su amigo y colega Randolph Pope, o el de Michi Panero (de sus memorias recogidas por el periodista y amigo de Panero, Asís Lazcano). O el testimonio de Remei Pla, una mujer que a sus ochenta años escribe, en un catalán rudimentario, sus recuerdos de exilio. Textos completos como el ofrecido por la crítica de arte Victòria Combalia, un poco en la línea de su homóloga francesa Catherine Millet. Gracias a la mediación de Manuel Alberca, hemos tenido la oportunidad de leer parte de los diarios del periodista peruano José Rosas Ribeyro, de los cuales ofrecemos en este número algunos valiosos fragmentos. Una escritura herida, al tiempo que consciente del proceso de transformación que conlleva el hecho de volcarse uno mismo en el papel, si es que la escritura se quiere verdadera.

El capítulo dedicado a la crítica cuenta con un interesante artículo de la biógrafa y profesora portuguesa Maria Antónia Oliveira sobre los desafíos inherentes a la escritura biográfica. Germán Labrador analiza los diarios de Eduardo Haro Ibars (depositados en la UEB), una propuesta discursiva heterodoxa dentro de los parámetros escasamente conocidos del underground español. Publicamos también la lección que Manuel Alberca impartió en el coloquio «Le XXème siècle hispanique a-t-il été religieux?» que el año 2003 organizó la Université de Bourgogne. Seguimos atentos al desarrollo del diarismo en internet y por eso hemos invitado al profesor Justo Serna –otro amigo de la Unidad– a que reflexione sobre los blogs.

Por último, nuestro recuerdo al historiador y catedrático de la UNED, Javier Tusell (1945-2005). Fue pionero en los estudios biográficos concebidos como forma de comprensión plena y humana del pasado.

Anna Caballé

El «francesismo»

Traducción y notas de Raquel R. Aguilera y Javier Coca

RAQUEL R. AGUILERA y JAVIER COCA están traduciendo y estudiando la obra periodística de Eça de Queiroz. En 2004 la editorial Acanalado les publicó *Ecos de París*, una antología de las crónicas de París, una antología de las crónicas de París. Tienen en preparación un pequeño estudio sobre la biografía del novelista y la extraña relación que mantenía con su propio pasado.

HACE YA MUCHOS AÑOS que lancé esta fórmula: *–Portugal es un país traducido del francés a la lengua vernácula*. La frialdad, la irritación con que fue acogida, me probó irrefutablemente que mi fórmula era sutil, exacta, y que se ajustaba a la realidad como un guante. Y para mantener en ella la inapreciable ventaja de la exactitud, me vi muy pronto obligado a alterarla, de acuerdo con la observación y la experiencia. Y la lancé de nuevo, perfeccionada de esta forma: *–Portugal es un país traducido del francés a la jerga de arrabal*. Y esta vez mi fórmula fue acogida con simpatía, con regocijo, y rodó de mano en mano como una moneda de oro bien acuñada y resplandeciente, que es agradable mostrar y hacer retañir sobre el mármol de los cafetines. Y la encontré brillando en un almanaque, en una comedia del Príncipe Real¹ y en un sermón. ¿Por qué se produjo esta nueva y cariñosa acogida? ¡Quién sabe! Tal vez porque la idea de lo vernáculo resultaba desagradable, sugería la pedantería, el conservadurismo, la Academia de las Ciencias, el polvito de rapé y otras cosas antipáticas. Mientras que la idea de jerga nos sugiere, sobre todo a los lisboetas, la alegre chanza, el bacalao encebollado, el Chiado,² el Grémio,³ la merluza frita en el campo, en tardes de sol y polvo, y otras delicias, de las que yo, ay de mí, me encuentro aquí privado.

En cualquier caso, bien a la manera de Curvo Semedo,⁴ el clásico, bien a la manera de Zé Pinguinhas,⁵ el fadista, es evidente que hace cuarenta años, desde la Patuleia,⁶ Portugal está inclinado sobre el pupitre de la escuela, muy aplicado él, con la punta de la lengua fuera, elaborando su civilización, como si fuera un arduo tema, que va vertiendo de un grueso modelo abierto delante, que es Francia. ¿Quién puso allí el modelo para que Portugal lo copiase, con sus trazos gruesos y sus perfiles? Tal vez los hombres de 1820,⁷ tal vez los románticos de la Regeneración.⁸ Yo no fui, y sin embargo he sido acusado con acritud, en los periódicos, o en esos pedazos de papel impreso que en Portugal pasan por periódicos, de ser *extranjerizante*, *afrancesado*, y de contribuir, con la pluma y con el ejemplo, a *desportuguesizar* Portugal. Se trata de uno de esos errores de salón en los que tan fértil resulta la frivolidad meridional. En lugar de ser el culpable de nuestra desnacionalización, soy uno de sus melancólicos resultados. Apenas nací, apenas di los primeros pasos, aún con zapatitos

de *crochet*, comencé a oler a Francia. En torno a mí no había más que Francia. Mi más remoto recuerdo es el de escuchar, en las rodillas de un viejo criado negro, gran lector de literatura de cordel, las historias que él me contaba de Carlomagno y de los Doce Pares. Por supuesto que había allí grandes lecciones de valor, de lealtad, de heroísmo: pero eran virtudes caballerescas que se ponían a prueba en los montes de Provenza o de Navarra. De caballeros portugueses, que acuchillasen a los moros, nunca me contaron ninguna historia junto al fuego. Mi negro también leía cuentos tristes de las aguas del mar. Eran las aventuras de un tal Juan de Calais. Las naves se hundían, los gavieros gritaban *tierra*, pero todo ocurría en los fríos mares de Bretaña. De navegantes portugueses, en galeones portugueses, jamás me contaron ninguna historia junto al fuego.

Después me enseñaron a leer: y el Estado, que a buen seguro tenía interés en que yo supiese leer, y que a través de sus Instituciones Públicas, había considerado prudentemente el libro que más me convenía para lección moral y para lección patriótica, me puso en las manos un volumen traducido del francés, titulado *Simón de Nântua*. Eran las aventuras de un hombre justo: abundaban allí los ejemplos de modestia, de diligencia, de caridad, de pudor; pero todas esas virtudes, delicadas e íntimas, se exhibían lejos, en Dijon, en Alsacia y en las posadas de Picardía. De modo que, para mí, todos los justos, al igual que todos los héroes, sólo en Francia se daban en su perfección, como los espárragos; en esa Francia de donde venía todo lo que es amable, de donde yo mismo había venido, como otros niños, en un azafate de alhucema y clavo. Después comencé a ascender el duro calvario de las reválidas. Desde ese momento lo más importante para el Estado era que yo supiese bien francés. Claro que el Estado me enseñaba otras disciplinas, entre las cuales había dos, grotescas y horribles, que se llamaban, si no recuerdo mal, Lógica y Retórica. Una estaba destinada a que supiera pensar bien, y la otra, correlativamente, a que supiera escribir bien. Yo tenía entonces doce años. Para que supiese pensar, el Estado y sus profesores me forzaban a memorizar a diario varias páginas de definiciones de fórmulas misteriosas, que contenían la esencia, el secreto de las cosas, compi-

ladas del francés, de viejos compendios de escolástica. ¡Era terrible! El catedrático, tozudo y taciturno, preguntaba:

—¿Cuántos son los imposibles?

Y yo, con voz clara, tenía que repetir como un papagayo:

—Dos. El imposible físico, que el hombre no puede hacer, pero Dios sí puede; por ejemplo: resucitar. El imposible metafísico, que ni al hombre ni a Dios mismo le es permitido, como, por ejemplo, que una cosa, al mismo tiempo, sea y no sea.

«Que ni a Dios mismo le es permitido» ¿Así que había alguna cosa que ni a Dios le era permitida? ¿Y quién era entonces ese otro poder, que, más omnipotente, más por encima de las nubes, no se lo permitía? Mi catecismo, traducido también del francés, con la aprobación de un obispo francés, me enseñaba, por otro lado, que Dios es absoluto, de ilimitado poder, y que sus vastas manos, que hicieron el universo, pueden también deshacerlo. ¿Cuál de los dos libros que el Estado me imponía tenía razón? ¿El catecismo? ¿La lógica? Duda pavorosa, primer tormento del alma, donde sólo veía algo seguro: la R, la *raposa*.⁹ Pero muy pronto comprendí que esta lógica, junto con la divertida, jocosa, incomparable retórica, que tuve que memorizar durante todo un año, eran disciplinas en las que el Estado no tenía interés en que yo fuese perfecto. Su deseo se concentraba por completo en que supiera mucho francés. Cuando llegué a Coimbra en la diligencia, para hacer el examen de lógica, retórica y francés, el presidente de la mesa, profesor de Instituto, viejo amable y menudo, de muy aseado manteo, les preguntó en seguida a las personas cariñosas que por mí se interesaban:

—¿Sabe bien francés?

Y cuando le fue garantizado que yo recitaba a Racine tan bien como el viejo Talma, el buen viejo lanzó las manos al aire, con un inmenso alivio.

—¡Todo perfecto entonces! ¡Ya tenemos un hombre!

Y todo fue perfecto. Recité a Racine, tan majestuosamente como si Luis XIV fuese el catedrático, recogí mi *nemine*, y por la tarde, una cálida tarde de agosto, me comí con delicia una fuente de arroz con leche en la posada del Paço do Conde. Y desde entonces nunca he salido del francés. Cuando en el último año del Bachillerato, el estado, súbitamente, se acordó de que era conveniente que yo tuviera algunas nociones sobre el universo, fue a través de un compendio francés, el *Langlebert*, como me relacioné con los tres reinos de la naturaleza. Conocí más tarde en París a ese Langlebert, que es médico, en el barrio Latino. Le conté cómo en las páginas tan sabiamente compiladas por él, había aprendido de memoria la fórmula química del agua y la teoría del pararrayos. Langlebert, mesándose risueño la espesa y larga barba, me miró con ternura, como a un bárbaro del que se saca provecho:

—Oui, oui, vous n'avez pas de ces livres là-bas... Et j'en suis bien aise! Ça me fait une jolie rente...

¡Seguro que sacaba una buena renta de que nouviésemos esos libros *acá abajo*!

Otros sacaban también buenas rentas, ellos o sus editores, porque, nada más entrar en la Universidad, fui abriendo mi surco de licenciado por medio de libros franceses. Derecho Natural, Derecho Público, Derecho Internacional, todos los Derechos, en compendios o tratados, eran franceses, bien compilados abiertamente del francés, bien secretamente rapiñados del francés. Y, sobre la mesa de pino azul de mis compañeros de casa, sólo se apilaban libros franceses de matemáticas, de cirugía, de física, de química, de teología, de zoología, de botánica. ¡Todo francés! Algunas lecciones eran dadas en francés, por preclaros catedráticos, cargados de condecoraciones, que pronunciaban *il faut*: «ile faúte». Aquel cuerpo docente nunca tuvo la suficiente actividad intelectual como para hacer sus propios compendios. Y sin embargo, Coimbra hervía de catedráticos, que por supuesto que disponían de tiempo libre. En mi época eran innumerables: mozos y viejos, atildados y andrajosos, castos y depravados, y seguro que todos disponían de tiempo libre; pero lo empleaban

en la política, en el cultivo de sus tierras, en el billar, en los placeres familiares, en el trabajo de dominar por el terror a los pobres estudiantes encogidos en sus hábitos; y el saber necesario para confeccionar los *apuntes* iban a buscarlo todos los meses a los libreros de la calzada, que lo recibían de Francia, en cajones, por el paquebote de El Havre.

Hasta entonces, como es natural siendo un simple estudiante, del vasto mundo sólo había visto, sólo me había interesado, por ese detalle que más se relaciona con el estudiante: el manual. Y sólo encontraba y sólo olía el francés. Más adelante, al comprender que por aquel método de memorizar todas las noches, a la luz del aceite, unos papeles litografiados que se llaman *apuntes*, nunca llegaría a poder distinguir, jurídicamente, lo justo de lo injusto, decidí aprovechar mis años mozos para relacionarme con el mundo. Empecé por hacerme actor del Teatro Académico.¹⁰ Hacía de *barba*. Y durante tres años, como *barba*, ora grave, opulento, de patillas grises; ora aldeano trémulo, apoyado en mi cayado, representé en medio de los ardientes aplausos de los estudiantes, todo tipo de papeles de comedia y de drama. Todo ello traducido del francés. A veces, intentábamos producir algo más original, menos visto que *La dama de las camelias* o que *El sombrero de paja de Italia*. Nos reunimos, con papel y tinta; y entre aquellos muchachos, nacidos en pequeños villorrios de provincia, jóvenes, frescos, con todo el brillo de la imaginación, sólo surgió una idea: *traducir algo del francés*. Un día, no obstante, Teófilo Braga, harto de Francia, escribió un drama, conciso y violento, que se titulaba *Garção*.¹¹ Era la historia y el infortunio del poeta Garção. Yo representé a Garção, con calzas y melena, y estuve sublime; pero Garção fue acogido con indiferencia y frialdad. Un grito unánime resonó en los bastidores:

—Ahí lo tenéis... ¡Un fracaso! ¡No faltaba más! Obras portuguesas...

Inmediatamente nos refugiamos en el francés y en Scribe.

El teatro, poco a poco, me puso en contacto con la literatura. Encontré, organizada y completa, una amplia sociedad literaria que de algún modo

presidía el hombre, entre todos excelente y grande, que es más que una gloria de su patria, porque es una gloria de su siglo. Pero a parte de éste, al que las amplias y fecundas corrientes del saber contemporáneo no alteraban su peculiar índole, profundamente portuguesa, de isleño de buena casta, descendiente de navegantes del siglo XVI; el resto de esa deslumbrante camada parecía haber llegado la víspera del barrio Latino. Sobre las mesas, sólo había libros franceses; en las cabezas sólo susurraban ideas francesas; y la conversación, en medio de la humareda, adquiría invariablemente el picante regusto francés. ¿Qué leíamos? Sólo Francia. Toda Francia: desde Mery hasta Proudhon y desde Musset a Littré. Durante todo el tiempo en que vagué por las orillas del Mondego, creo que no abrí ni un solo libro portugués, a no ser, en vísperas de examen final y con infinita repugnancia, la *Novíssima Reforma Judiciária*. Pero conocía, como cualquiera de mis amigos, a todos los novelistas, a todos los poetas franceses; no sólo en su obra, sino también en su vida: sus amores, sus tics o su situación financiera. Fue por esa época cuando algunos camaradas y yo nos entusiasmos por la pintura francesa... Resulta extraordinario, bien lo sé, si consideramos que entonces nos hallábamos a seis largos días de viaje del Louvre, y del Luxembourg, y del *Salon*. Pero contábamos con los críticos, con todos los críticos de arte, desde Diderot hasta Gautier, y era en su prosa donde admirábamos pasmados la austera sobriedad de Ingres o el apasionado colorido de Delacroix. Y en todo ello obedecía yo siempre a un impulso, a una gran corriente, como una hoja que flota en el agua.

Con mi diploma de licenciado en un canuto, me subí un día por fin a lo alto de la diligencia, despidiéndome de las vegas del Mondego. Precisamente en el mismo tejadillo iba un francés, un *commis-voyageur*. Era un coloso, con anteojos, áspero y brusco, con una maciza mandíbula de caballo, que, a medida que el coche rodaba, iba lanzando a través de los vidrios ahumados una mirada a las tierras de labor, a los viñedos, a los pomares, como si los sopesase y calculase su valor, terrón a terrón. No sé por qué, me dio la impresión de ser un agiota valorando las tierras de un mayorazgo arruinado. Conversé con aquel animal, que pareció sorprendido de mi facilidad con el

francés, de mi conocimiento del idioma y de la política de Francia, de la literatura de Francia. De hecho, conocía yo a novelistas y a filósofos franceses que él ignoraba. Aún recuerdo el tono de paternal protección con que me dijo, dándome en el hombro, mientras rodábamos por la carretera y veíamos abajo, en el valle, el monasterio de Batalha:

—Vous avez raison, il faut aimer la France... Il n'y a que ça! Et puis, vous savez, il faut que nous vous fassions des choses, des chemins de fer, des docks, des choses... Mais il faut nous donner votre argent...

¡Creo que, en verdad, desde entonces le hemos dado *notre argent* a Francia generosamente!

En fin, llegué a la capital de Portugal, y recuerdo que la primera cosa que me impresionó fue el ver en una esquina un gran cartel, que anunciaba la representación de *coplas francesas*, en el Casino, por la brillante Madame Blanche, y por la incomparable «Blanchisseuse». Otra vez Francia, siempre Francia. Yo la había dejado dominando Coimbra, bajo forma filosófica; y venía a encontrármela ahora conquistando Lisboa, con las piernas al aire, bajo forma de cancán...

Comenzó entonces mi carrera social en Lisboa. Pero realmente era como si viviera en Marsella. En los teatros, sólo comedias francesas; en los hombres, sólo libros franceses; en las tiendas, sólo vestidos franceses; en los hoteles, sólo comidas francesas... Si en esta capital del reino, resumen de toda la vida portuguesa, un patriota quisiera aplaudir una comedia de Garrett, o comer un arroz al horno, o comprar una vara de *briche*,¹² no podría.

Ni en los escenarios, ni en los almacenes, ni en las cocinas... En ninguna parte quedaba nada de Portugal. Sólo había remedos baratos de Francia. La particular atmósfera de chismorreos políticos, que es tan característica de Lisboa como la niebla de Londres, me obligó, a mi pesar, a enredarme también en la política. ¿En qué política? ¡Buena pregunta! ¡En la francesa! Porque entonces había en Lisboa toda una clase culta e importante de políticos «franceses», que en el Grémio, en la Havanesa,¹³ en la puerta del Magalhães,¹⁴ hacían

una oposición cruel, amarga, inexorable, ¡al Imperio francés y al emperador Napoleón!

Claro que también había, en la Baixa,¹⁵ en el Passeio Público,¹⁶ imperialistas, que habían emprendido la campaña del Orden contra Rochefort, y contra Gambetta. Pero era una minoría. Lisboa entera le enseñaba los dientes al emperador. Como es natural, yo, que era mozo y ardiente, y estaba lleno de ideas de Libertad y de República; que rebosaba de odio contra esa patulea de los Rouher y los Baroche, que prohibían el teatro de Hugo y que habían llevado a Flaubert a la policía correccional; me arrojé entusiasmado a la oposición a las Tullerías. ¡Lo que conspiré! ¡Dios mío lo que conspiré! ¡Mi intención era afiliarme a la Internacional! Recuerdo que una noche, a propósito de no sé qué nuevo escándalo del Imperio, nos encontrábamos algunos en el Martinho,¹⁷ en torno a unos cafés, y exclamamos todos, pálidos de ira, cerrando los puños:

—¡Esto no puede ser! Ya hemos soportado bastante. ¡Hay que hacer barricadas, hay que salir a la calle!

Salir a la calle, era la amenaza más terrible. ¡Y bajamos el escalón del Martinho! Luego, en la calle, bajo la cálida luna de julio, como oímos cohetes por la zona del Passeio Público, dirigimos hacia allí nuestros airados pasos, porque uno de nosotros, el más exaltado, se encontraba allí con cierta señora, en noches de castillos de fuego. ¡Ah, juventud, juventud, maravilla incomparable! ¡Dónde está el entusiasmo de entonces, la santa palidez que nos cubría el rostro ante el espectáculo de la injusticia, y la ternura que encontrábamos en las noches de mayo, y en los alegres cohetes del Passeio?

En cuanto a la política propiamente portuguesa, excuso decir que ninguno de nosotros sabía de verdad si el régimen que nos gobernaba era la Constitución o el Absolutismo. De tales menudencias portuguesas no se ocupaban los hijos de Danton. Y en cuanto a las facciones parlamentarias de Regeneradores, Históricos y Reformistas,¹⁸ ni siquiera sospechábamos su existencia, nosotros, que conocíamos las menores *nuances* de la oposición francesa, y que distinguíamos las pequeñas sutilezas

de opinión que dividían a Jules Favre y a Gambetta, a Picard y a Jules Simon.

Pero para qué continuar. No quiero escribir una página de memorias. Sólo quiero mostrar, a grandes rasgos, cómo yo, y toda mi generación (exceptuando algunos espíritus superiores, como Antero de Quental u Oliveira Martins) nos habíamos vuelto fatalmente franceses en medio de una sociedad que se afrancesaba y que, por todas partes, desde las obras del Estado hasta el gusto de los individuos, había roto con la tradición nacional, despojándose de todo ropaje portugués, para cubrirse (pensando, legislando, escribiendo, enseñando, viviendo, cocinando) con trapos llegados de Francia.

Esta generación creció, entró en la política, en los negocios, en las letras, y por todas partes llevó el francesismo de su educación, lo esparció por los libros, por las leyes, por las industrias, por las costumbres, y convirtió a este viejo Portugal de don João IV¹⁹ en una copia de Francia, grosera y contrahecha. De suerte que, cuando yo fui emergiendo lentamente de los harapos franceses en que esa educación me había enmarañado y tuve conciencia de lo postizo y extranjero de nuestra civilización, pude decir que *Portugal era un país traducido del francés*, primero a la lengua vernácula, luego a la jerga de arrabal.

Pero se me dirá: —Todo eso es una pequeña minoría, compuesta por algunos políticos, algunos literatos, algunos banqueros y algunos mundanos; la inmensa mayoría del país, la burguesía de las ciudades de provincia, la gente del campo, permanece siendo portuguesa, y conserva en su sentir y en su pensar el hilo de la tradición, que sería fácil ir a buscar allí para continuar tejiendo con él nuestra verdadera civilización de índole portuguesa.

¡Qué gran error! Esa vasta mayoría no cuenta. Un país, en el fondo, es siempre algo muy pequeño: se compone de un grupo de hombres de letras, de hombres de estado, de hombres de negocios y de hombres de club, que viven de frecuentar el centro de la capital. El resto es paisaje, que mal se distingue de la configuración de las villas o de los valles. Es la gente soñolienta de provincias, que poco se

diferencia de los callejones, tortuosos y sucios, donde vegeta. Son los hombres del campo, que apenas se diferencian de las tierras trigüeñas que siembran y riegan. Su única función social es trabajar y pagar. La dirección de un país viene precisamente dada por esa minoría de la capital. Si algún periodista y algún político de París quisieran que Francia fuera republicana, se proclamaría la república; si prefiriesen que hubiera monarquía, subiría un sujeto, con una corona sobre la cabeza, al trono de Luis XIV. No son los campesinos de la Beauce, ni los burgueses de Orleans, quienes escogen para Francia el gorro frigio bermejo o la severa corona. La moda de esa *coiffure* viene de París, de algunas redacciones del *Boulevard* o de los corredores del Palais-Bourbon. En la misma Inglaterra, con su amplia descentralización intelectual y social, la clase media no cuenta, porque, en realidad, los círculos electorales sólo en asuntos muy graves, en asuntos de dinero o de dignidad nacional, tienen una opinión propia y se hacen escuchar. En lo demás, ocupada de su trabajo, acepta sumisamente las opiniones de los clubes de Pall-Mall y de los periodistas de Fleet-Street, como acepta la forma de los paletós que, para la *season*, es decretada por los cortadores de Cook o de Poole. ¿Así que cómo será en Portugal, donde, fuera del pequeño centro de Lisboa, no hay vida intelectual ni social?

Lo que un pequeño número de periodistas, de políticos, de banqueros y de mundanos, decide en el Chiado que Portugal sea, eso es lo que es Portugal. Si un grupo decidiera mañana que Portugal fuese turco, a lo largo del país entero todos los sombreros de copa, todos los sombreros de ala ancha, todos los bombines, todas las gorras de Ovar, tenderán poco a poco a tomar más o menos la forma de turbante. Por ahora, sin embargo, todo es francés. A todas partes llega esta ola de francesismo surgida del Chiado, más fuerte en Oporto que en Guimarães, más visible en Guimarães que en Lamaçal de Bouças, pero perceptible para quien sabe ver por debajo de la superficie. Se pueden conservar las chanclas de orillo y seguir fieles al morcón de cerdo, pero por todas partes se da difusamente esa tendencia, esa aspiración, ese deseo oculto de no ser como fueron nuestros antepasados, sino de otra forma, como son por ahí fuera. Y «por ahí fuera» es Francia.

El padre de un amigo mío, en 1836 o en 1848, en un acceso repentino de odio a todo lo que le recordaba al viejo Portugal, se fue para su antiguo mobiliario, de ébano torneado y de asientos de cuero labrado, y en un solo día vendió, quemó, sepultó en el sótano, dispersó todas aquellas formas vetustas que había heredado del pasado; luego corrió a un tapicero de la esquina, y compró, al albur, en un lote, un mobiliario francés. Lo que hizo ese hombre lo ha hecho todo Portugal. En una desesperada ruptura con el viejo régimen, lo rompió todo, lo estropeó todo, lo vendió todo. Y de repente se encontró desnudo; y como ya no tenía ni el carácter, ni la fuerza, ni el genio, para sacar de sí mismo una nueva civilización adaptada a su carácter y a su cuerpo, se metió a toda prisa en una civilización ya hecha, comprada en un almacén, que le queda mal, que no se ajusta a sus brazos.

Como acontece siempre en estas *toilettes* hechas a prisa, se ven aún, por debajo del atavío francés, los restos del traje rudo y primitivo. Portugal todavía usa alpargatas. Pero incluso allí donde este desventurado país usa alpargatas, tiene su corazón y sus anhelos volcados a la bota de charol puntiaguda, que viene de París. En una vieja ciudad de provincias, un amigo mío entró en una tienda, una tienda sombría que olía a moho, iluminada con aceite, para comprar un paraguas. Y, ¡oh espanto!, hete aquí que el tendero, un poco pálido, con levita de cutí, le pregunta, irguiéndose tras el mostrador con el *Gil Blas* en la mano: «¿Ha leído usted hoy esta deliciosa fantasía de Catulle Mendès?» ¡En aquella respetable tienda, donde su padre, en zapatillas, apilaba honradamente los *briches* y las *saragoças*,²⁰ el miserable leía a Catulle Mendès! Más de lo mismo. Un día, en Braga, abro un periódico y veo este anuncio: «En la calle de tal, velas de cera, velones, cirios de calidad superior, todo lo más *pshutt* y *becarre* en este género.» ¡Oh, incomparable miseria! ¡Los maravillosos santos de nuestro calendario, patronos de nuestras casas, fieles y dulces protectores de nuestro hogar, iluminados en los altares con cirios *pshutts*, con haces de velas *becarre*! A este abismo ha llevado el francesismo, en la vieja y católica Braga, al venerable y patriótico negocio de la cera. ¡Pobre cera! ¡Pobre Braga!

Pero es sobre todo en mi especialidad, en la literatura, donde esta copia del francés es más desoladora. Como aquellos patos que Zola describe tan cómicamente en *La Terre*, así vamos todos, en fila, lentos y vagos, a través del camino de la poesía y de la prosa, detrás del ganso francés. Cuando se encamina hacia la hierba, vamos bamboleando, pata aquí, pata allá, hacia la hierba; si se para, con el pico al aire, todos nos paramos, con el pico al aire. De repente abre las alas, da lentos saltitos, y ahí va la grotesca fila, lenta, dando saltitos, corriendo confiadamente hasta el charco. Hemos sido sucesivamente, a imitación del ganso francés, románticos, góticos, satánicos, parnasianos, realistas. Toda la incoherencia, toda la afectación, toda la extravagancia de una literatura en decadencia, ávida de originalidad, y que se descoyunta por el violento esfuerzo de encontrar una nueva cima que espante al público; es inmediatamente remedada en serio, con una melancólica gravedad –que es el fondo del carácter nacional– por una infinidad de muchachos honestos y simples.

Hace dos o tres años, ese colosal bromista y *cabotin* llamado Richepin, publicó un libro, *Les Blasphèmes*, donde sencillamente se proponía acabar de una vez, por medio de algunas brillantes rimas, con el sentimiento religioso de la humanidad, describiendo obscenamente la íntima inclinación de su padre y de su madre. Estábamos en casa de Oliveira Martins, y todos encontramos enormemente divertida esta nueva forma de respeto filial. Sin embargo, Antero de Quental no se refa.

–Para nosotros esto es grave –dijo él–. Porque mañana van a aparecer por ahí, en todos esos periódicos, poesías de poetas jóvenes, que comenzarán así:

¡Mi padre era ladrón, mi madre meretriz!

Y no habían pasado ni veinte horas cuando todos, con el espanto de aquella profecía, leímos, en periódicos de Lisboa y de Oporto, poemas en que muchachos muy honestos, de honradísimas familias, acusaban a sus madres de prostitución y trataban a los padres de «lúbricos machos». Ahí es adonde nos lleva Francia.

Pero si los que escriben o garrapatean viven de Francia, los que leen o los que sólo hojean se nutren exclusivamente de Francia. Quien pasea por las calles de Lisboa ve que en los escaparates de los librerías sólo hay libros franceses; y cuando se entra en las casas y se penetra en la sociedad, allí sólo se descubren (en cuanto la conversación se eleva por encima de los asuntos locales) lecturas francesas, simpatías francesas, frases francesas. Casi toda nuestra juventud culta recibe su luz intelectual del *Figaro*. Y el muy banal y muy mediocre Wolf es todavía, para muchos hombres inteligentes, el representante del espíritu francés. Porque hay que advertir que tanto los que escriben como los que leen, toman ingenuamente el *Boulevard* por Francia. Más allá de Francia no se conoce nada, y es como si, literariamente, el resto de Europa fuese un inmenso y silencioso erial bajo la bruma. De nuestra vecina España, nada sabemos. ¿Quién conoce ahí los nombres de Pereda y de Galdós? La literatura inglesa, incomparablemente más rica, más viva, más fuerte y más original que la de Francia, es tan ignorada, a pesar de que generalmente sabemos inglés, como en los remotos tiempos en que veinte largos y fatigosos días eran necesarios para ir de Lisboa a Londres. Hace algunos años, un personaje, un político, un hombre de Estado me preguntaba, con aires de suficiencia y de superioridad:

–¿Allá por Inglaterra hay algún tipo de literatura?

Y muy recientemente un hombre extraordinariamente culto, que conoce perfectamente el inglés, me decía:

–Con respecto a la literatura, me imagino que debe ser algo muy brillante y espléndido, pero, a excepción de Dickens, que murió hace veinte años, no puedo citar un solo nombre, y de ningún otro puedo citar ni una sola línea.

Y sin embargo, no es curiosidad lo que nos falta. Pero estamos pegados a las sayas de Francia, como a las de una vieja amante, a la que nos encadenan el vicio y la costumbre, y de quien no osamos separarnos, para irle a hablar a una mujer más interesante y más joven. Hace ya tiempo, en la corta distancia que separa el Rossio²¹ del Loreto,²² fui asaltado por seis o siete personas, que me

agarraban del brazo, que me arrastraban hasta una esquina, para preguntarme ansiosamente: «¿Quién es una tal Rhoda Broughton que escribe novelas?» Iba yo a indignarme, pensando que esto era una *scie* montada contra mí, cuando me enteré de que el *Figaro* de la víspera traía un artículo sobre la graciosa y aguda creadora de *La familia Maubrey*.

De la rica y grande literatura de Alemania, podemos decir, como mi amigo: ¡ni un nombre que citar, ni una línea que recordar! Y si ahora conocemos algunas novelas rusas, es porque «están de moda» en el *Boulevard*.

Pero, pregunto yo, ¿este *collage* con Francia, esta imitación, esta preocupación por Francia, es una tendencia fatal, necesaria, de temperamento, de filiación, de similitud, a la que no podemos escapar, como Dinamarca no puede escaparse de imitar a Alemania, o como Bélgica no puede liberarse de imitar a Francia? No lo creo. El danés es un alemán desteñido. Bélgica es una edición barata de Francia. Pero no hay ninguna similitud de temperamento, de carácter moral entre nosotros y Francia. Nada más diferente de un francés que un portugués. No puedo comprender qué satisfacción, qué gozo pueda hallar el espíritu portugués en nutrirse, en impregnarse de las creaciones del espíritu francés. Francia es un país de inteligencia, nosotros somos un país de imaginación. La literatura de Francia es esencialmente crítica; nosotros, por temperamento, amamos sobre todo la elocuencia y la imagen. La literatura de Francia es, desde Rabelais hasta Hugo, social, activa, militante. La nuestra, por tradición e instinto, es idílica y contemplativa. No es sólo por una fría imitación de Teócrito y de los bucólicos latinos por lo que nosotros, desde Rodrigues Lobo²³ hasta los elegíacos de la Arcadia,²⁴ amamos las églogas pastoriles: es porque somos realmente un pueblo que se complace en estarse quieto entre las choperas, en ver correr las dulces aguas, pensando en cosas de melancolía. Fuimos a la India, es cierto, pero han pasado casi tres siglos y todavía estamos descansando, derrengados, de aquel violento esfuerzo al que nos obligaron algunos aventureros que tenían muy poco del fondo común de nuestra raza, y que, a juzgar por Afonso de Albuquerque,²⁵ debían de ser de origen fenicio, puros cartagineses, tal vez de la familia de los Barcas. En fin, que el

símbolo de Francia será eternamente el gallo, el gallo petulante y lustroso que canta claro, con una limpidez de clarín, en el fresco arrebol de la mañana, y nuestro emblema es y será eternamente el ruiseñor, que gime en la espesura mal iluminada de las arboledas, el ruiseñor «amoroso y pesaroso» que hace llorar a Bernardim.²⁶

El alma de un pueblo se define muy bien a sí misma por los héroes que escoge, para amarlos y para rodearlos de leyenda. El gran rey de los franceses, es y será siempre Francisco I, enorme, robusto, ligero, que ríe en voz alta, que pelea con valentía, que ama con mayor valentía aún, radiante, que goza generosamente de la vida, poeta en algunos momentos, artista por ostentación, y conversador eterno... Nuestro héroe genuino, y esto lo resume todo, es el poético y pensativo Don Sebastián.²⁷

Ahora bien, si ninguna afinidad de ideas, de sentimientos, de naturaleza, de temperamento, nos une irremediabilmente a Francia, ha de resultarnos fácil, sin duda, el separarnos de ella, sin que se desgarran las mismísimas raíces de nuestra sociedad. Sólo estamos unidos a la superficie, somos un parásito. Y si nos desprendiéramos de ese gran cuerpo de donde chupamos para vivir, podríamos, sin adelgazar demasiado y sin deterioro de nuestro organismo, ir a buscar en otro cuerpo social la vida de nuestro espíritu. Como parásitos prudentes, y el portugués es prudente, podemos tal vez preguntarnos a nosotros mismos, si nos conviene continuar chupando la piel francesa, y si ésta ofrece realmente todos los elementos de una alimentación suficiente para que, como una pulga obstinada que pica el seno reseco de la osamenta de una vieja, donde ya no hay ni savia ni sangre, no nos quedemos mordiendo y chupando donde no hay sangre ni savia que nos alimente.

Es hora, pues, de considerar si nos conviene, como *table-d'hôte*, la literatura de Francia, a nosotros, parásitos, que en cuestiones de literatura y de todo lo demás, vamos a comer a las casas ajenas. Resueltamente digo que no nos conviene. La literatura francesa, en este último cuarto de siglo, sufre de un oscurecimiento, de un ocaso de sol entre las nubes, del que su genio saldrá sin duda más radiante e iluminado; pero por ahora sólo hay

en ella una gran sombra que pasa. De arriba abajo, de las regiones del alto saber y del alto pensar hasta la literatura del *Boulevard*, hay un debilitamiento, un desequilibrio, un enervamiento, que por un lado lleva a la extravagancia, y por el otro a la banalidad. ¡Extravagancia! ¡Banalidad! El grande, luminoso, exacto, crítico espíritu francés, está oscilando ahora entre estos dos defectos sobre la línea de la creación literaria, bien dando saltos grotescos con el desagradable Richopin, bien extendiéndose, chatísimamente, longitudinalmente, con el detestable Ohnet. Véase la más alta figura literaria de Francia, y la más francesa: Renan. Espíritu de la más refinada y sutil agudeza crítica, saturado de saber, en posesión de la más luminosa y bella de las lenguas, con lo mejor de Racine y lo mejor de Voltaire en sus manos, pero con algo más aterciopelado y más acariciador, que seduce, que irresistiblemente arrastra el alma, ¿qué enseña, hoy, este Maestro, este francés, que impera con la doble influencia de la fina crítica y de la forma perfecta?

Este Maestro nos enseña sencillamente que nada en la tierra tiene valor o importancia, más que los gozos que ofrece el amor, o el olvido que proporciona la muerte. Ciertamente, en buena filosofía, las dos cosas están relacionadas: la muerte y el amor; aquí hay una gran lógica. Pero no por ello deja de ser el más grave síntoma de la decadencia intelectual de Francia que este Maestro, este sabio, no abra los labios ni coja la pluma más que para mostrarnos alternativamente la alcoba o el cementerio. Y si descendemos de Renan a la gran masa de la literatura, la desorientación es aun más señalada. En la novela, que es la forma preferida del arte moderno, vemos más que en ninguna otra la banalidad y la extravagancia, instintivamente usadas para los dos grandes fines, para los dos grandes objetivos de todo el esfuerzo parisiense: ganar dinero y asombrar a la galería; el beneficio o la vanagloria. Dentro de la banalidad, con mejor o peor criterio (ya que es tal el refinamiento moderno que incluso en la banalidad hay que hacer distinguos), tenemos dos o tres individualidades que dan el tono mientras las de detrás afinan. Tenemos al señor Ohnet, al mediocre señor Ohnet, que gana cientos de miles de francos, que construye, con pluma fácil, para uso de una amplia democracia igualitaria que tiene un fondo de educación aristo-

crática, escenas burguesas, donde propietarios de fraguas, contratistas, dueños de almacenes de retales, donde toda una clase industrial, aparece con los sentimientos de caballerosidad, orgullo, heroísmo y romanticismo, que esa pequeña burguesía estaba acostumbrada a admirar secretamente en la clase aristocrática, en la gente de espada y privilegios, en los *grands seigneurs*. Tenemos después al señor Bourget, un parisiense con un ligero toque de inglesismo, como pide la moda, que lleva hasta el Faubourg Saint Germain, en un fiacre, sus métodos psicológicos, de una psicología que huele bien, que huele a opopánax y dándose un aire infinitamente profundo, agita los corazones y las sedas de las señoras, para revelarnos secretos que todo el mundo sabe, con un estilo que todo el mundo posee.

Por otro lado, gesticulando violentamente, hay un pequeño grupo de extravagantes, que se contuercen, que se fatigan para encontrar algo inesperado que haga que se detengan los *badauds* en el *Boulevard*, a los que efectivamente asombran a veces como experimentados saltimbanquis, pero que en el momento en que acaban con sus cabriolas, jadeantes, son olvidados por el hombre serio, que se para a mirar y que pasa de largo. Todo esto es francés, especialmente nacido de las exclusivas condiciones de París, y no veo nada en ello que tenga que admirar o imitar un honesto bárbaro que viva en la parte de acá de los Pirineos. Y de todos estos novelistas, quizás aquellos que pudiéramos imitar con mayor utilidad, son los muy simpáticos y estimables Verne y Boigobey, que al menos, con sus viajes y sus intrigas, son un encanto providencial para los niños y los convalecientes.

En la poesía francesa, tan admirada entre nosotros, la decadencia es aun más grande. Los franceses nunca han sido poetas, y la expresión natural del genio francés es la prosa. Sin una profunda, religiosa, ardiente emoción, no hay poesía; y Francia no se conmueve, permanece siempre en un razonable equilibrio de sentimiento y de razón, que enseñoorea su clara inteligencia. Los clásicos de la poesía francesa, Mathurin Regnier, Boileau, La Fontaine, son precisamente los hombres sensatos, de fría crítica, de honesta moral. En Francia, los buenos conocedores de la poesía

admiran sobre todo a los poetas cuando éstos tienen en alto concepto esas cualidades superiores, que son, en realidad, cualidades de la prosa. La majestuosa limpidez de Racine, la gracia sutil de La Fontaine, serán el eterno encanto de Francia. Víctor Hugo, con su violento vuelo lírico, con el esplendor de su verbo, obtuvo la admiración, pero nunca obtuvo la estima literaria de Francia. Y los poetas más estimados hoy en Francia lo son todavía por cualidades que pertenecen a la prosa: Coppée, por su espontaneidad clara y concisa; Leconte de Lisle, por su magnificencia lapidaria. La poesía francesa son alejandrinos en prosa. Baudelaire escribía primero en prosa sus poemas.

Francia nunca ha tenido un solo poeta comparable a los poetas ingleses, a Burns, a Shelley, a Byron, a Keats, hombres de emoción y de pasión, tan poéticos como sus poemas; pero hoy ¿qué poeta hay en Francia que pueda ponerse al lado de Tennyson, de Browning, de Rossetti, de Mathew Arnold, de Edwin Arnold, de Austin, etcétera? Un solo poeta francés poseyó la emoción: Musset. Colocado en el centro del Romanticismo, agitado por vastas corrientes de emoción, que procedían de Inglaterra y de Alemania, dotado de una exaltación natural, apasionado, ardiente, inspirado, este singular francés sufrió, y cantó como sufrió; y sin dejar de ser francés, fue profundamente humano. Pero la Francia culta, literaria, se negó durante mucho tiempo a ver en él a un gran poeta. Dice Pablo de Musset, que, cuando aparecieron en *La Revista de Dos Mundos* las *Estancias a la Malibran* y *Las noches*, los auténticos hombres cultos permanecieron fríos. Pero como en aquella poesía había, expresadas con sinceridad, cosas que son eternas (la juventud, el amor, la voluptuosidad, el dolor), Francia, poco a poco, se sintió atraída por aquel canto vivo y doloroso. La simpatía de las mujeres venció la resistencia de los críticos. Musset es hoy, oficialmente, un gran poeta, pero no ha llegado a ser un clásico. Y Francia mantiene ante él una reserva, que es una mezcla de amor y desdén, lo rechaza y lo ama, y siente que posee en aquel hombre, que Europa tanto le aclama, a un poeta que es al mismo tiempo mediocre e inmortal.

Además, la inteligencia y la poesía raramente van juntas. Sólo conozco a un hombre, una excep-

ción, en el que el sumo genio poético se alía con la suma razón filosófica. Se trata de nuestro Antero de Quental. En sus *Sonetos*, expresa eso tan raro y tan extraño que es el dolor de una inteligencia. Es una gran razón que se debate, que sufre, y que formula los gritos de su sufrimiento, sus crisis, su agonía filosófica, con un ritmo espontáneo, de la más sublime belleza poética; cada soneto es el resumen poético de una agonía filosófica. Por ello Alemania se lanzó sobre este libro de sonetos (que Portugal no ha leído) y los tradujo, los comentó, los fijó religiosamente en su literatura, como algo raro y sin precedentes, como una perla excepcional de extraño origen, única en el gran tesoro de la Poesía Universal. Pero en Francia no hay estas cosas. Su clara inteligencia le ha vedado los triunfos poéticos. Después de la pasajera emoción de Musset, Francia recayó más que nunca en la poesía que se admira porque tiene las cualidades de la prosa.

Y esto, naturalmente, debía conducir y condujo, en un momento en que toda la literatura decae, y en el que todas las emociones se desvanecen, y el espíritu crítico se embota por momentos... debía conducir y condujo a la banalidad o a la extravagancia. Pero si la porción de banalidad es grande en la novela; los poetas, que están naturalmente más lejos del gran público, se han visto forzados a llamar la atención con más violencia, y, en un ansia de originalidad y de novedad, se han precipitado en masa hacia la extravagancia. De ahí proceden todos esos movimientos como el Satanismo que acabó en otro, llamado, Dios me perdone, ¡el Nerviosismo! Pero ahí aún existía el deseo, en el fondo intelectual, de provocar un estremecimiento, un nuevo estremecimiento del alma.

Al final, cualquier intención intelectual fue puesta al margen y quedó sólo la preocupación meticulosa, exquisita, por la forma; por una forma que tuviera la máxima originalidad con el máximo relieve. El sentir fue sustituido por el cincelar; y una estrofa, un soneto, fueron trabajados con las labores, con los pulidos, con los retorcimientos, los engastes, los fulgores de un broche de filigrana, y mantuvieron sólo, como la filigrana, un valor de acabado agradable a la vista, pero que deja indiferente al espíritu. Estos hombres se llamaron a sí

mismos los parnasianos y, entre nosotros los meridionales, que amamos la artesanía y el acabado, el brillo, el lujo de la forma, ejercieron una devastadora influencia. A ellos se debe ese estilo delirante, que en Portugal, en estos últimos años, ha convertido la poesía en algo cómico y grotesco.

Pero incluso en Francia, su influencia, o mejor dicho su contagio, no fue menos lamentable. No hay nada más tiránico que la moda en las formas: la bota puntiaguda, si está de moda, se impone irresistiblemente a los espíritus más profundos; y la cabeza de artista donde brillen las ideas del más puro gusto, o donde circulen los más profundos sistemas, se somete resignadamente a los sombreros que decreta en Londres *The Journal of Fashion*. A nadie le gusta aparecer por la calle peor atildado que su conciudadano, tanto en la chaqueta como en el estilo. De este modo, venerables poetas franceses, ya entrados en los días de la vejez, han caído en el Parnasianismo. Hasta Autran y Laprade le dieron una capa de esmalte nuevo, con los colores de moda, a sus severos y sustanciosos alejandrinos. Y hemos visto al bardo Banville, el amable y fecundo bardo que desde 1830 cantaba *de omni re scibile*²⁸ en una lira fácil y profusa, bajar al *Boulevard* y asombrar a la multitud, más fecundo y amable que nunca, con ritmos y rimas tan abigarrados, tan descoyuntados, que no se sabía bien si lo que cabrioleaba y relucía en el papel, eran los versos de un poeta o las bolas de un prestidigitador.

Pero esos tiempos de los parnasianos eran sin embargo buenos tiempos. Hoy, cuando los poetas aclamados después de la generación de Hugo, de Lamartine, de Gautier: los Prudhomme, los Lisle y otros, han entrado en la Academia y en el silencio, y cuando su saludable influencia se ha ido enfriando como un sol que declina, rompió con el crepúsculo una inmensa, desenfrenada orgía en el Parnaso francés. Tan desenfrenada, que las personas tímidas y honestas no se arriesgan a

acercarse y, como en los tiempos de Baco, los hombres graves se detienen aterrados en la llanura y contemplan desde lejos, sin atreverse a mirar de cerca, el paso de los cirios y los gritos de las coribantes que llenan de desorden, de zumba y de escándalo, la espesura del bosque sagrado.

Al menos yo, educado con Musset y con Hugo, no oso aproximarme a esos coribantes y a sus libros. Nunca he abierto uno de esos libros amarillos, dentro de los cuales se ensartan estrofas con algarabías y gritos intolerables. Sólo sé que esos jóvenes se llaman a sí mismos, con una sublime sinceridad, los *decadentes*, los *incoherentes*, los *alucinados*. Tienen sus *coteries* –sus colegios sacerdotales como quien dice–, celebran en común sus ritos, y, como todos los colegios sacerdotales, redactan sus anales, en cuadernillos que se llaman *Diario de los Incoherentes*, *Revista de los Alucinados*... Como se muestran celosos de sus prerrogativas y detestan a las cofradías rivales, todo el tiempo en que no deshonoran el monte Olimpo, con descomunales orgías de ritmo, se lo pasan, como los gramáticos del Bajo Imperio, discutiendo sobre méritos y preeminencias relativos a su escuela. De este modo, algunos poetas declaraban en todos los periódicos que fulano de tal, poeta, no era de ninguna manera el jefe de los incoherentes, y que el ilustre jefe de los incoherentes, el hombre inspirado y supremo, que resumía en sí toda la incoherencia, era Verlaine, sólo Verlaine, y ningún otro. Y Verlaine, sin disputa, conserva la corona de la incoherencia.

Hay que decir, sin embargo, que aquí hay talento. Incluso mucho talento, una maravillosa destreza en el oficio, una soltura de mano que sorprende, una técnica de la rima, una abundancia de colorido, un arte del detalle que maravilla. Sólo que entre estos millares de versos admirables no hay ni un solo verso poético. Estos poetas no tienen poesía, y, entre tanto talento, no se encuentra una sola alma.

Notas

¹ Plaza situada en la zona occidental de Lisboa.

² Zona central de Lisboa donde se localiza el corazón del escenario queirosiano, con sus hoteles, restaurantes, pastelerías, clubes, teatros, casinos, etcétera, presentes en la mayoría de sus escritos.

³ Club literario del que Eça era socio, situado en la rua de São Francisco, hoy rua Ivens, nº 37. Fue fundado en 1846 por Almeida Garrett y Rodrigo da Fonseca Magalhães. Se trata de uno de los lugares más emblemáticos de la literatura del autor de *Los Maia*.

⁴ Curvo Semedo, poeta portugués (1766 - 1838), fue uno de los más distinguidos miembros de la academia literaria «Nova Arcadia», donde recibió el nombre poético de Belmiro Transtagano. Cultivó una gran variedad de géneros y tradujo las *Fábulas* de La Fontaine.

⁵ Real o imaginario, no hemos encontrado ninguna referencia a este personaje. Si tradujéramos su nombre al castellano, sonaría algo así como «Pepe el Andrajoso».

⁶ La decisión de la reina Doña Maria II de llevar al poder a los cartistas, alegando la defensa de la Carta Constitucional de 1826, llevó a los setembristas (defensores de la más liberal Constitución de 1822) en noviembre de 1846, a iniciar una revuelta en Oporto, que se extendió rápidamente, y que se conoce popularmente con el nombre de «Patuleia».

⁷ En 1820, en la mañana del 24 de agosto, tuvo lugar en Oporto la revuelta liberal que pondría fin al periodo absolutista denominado Regência Inglesa.

⁸ El concepto de Regeneración se aplica en Portugal al periodo que va de 1851 a 1868, durante el cual se dieron profundas transformaciones en el país, decisivas para la instauración de una sociedad moderna y burguesa.

⁹ R de reprovado, que en portugués significa «suspense en un examen».

¹⁰ En su etapa de Coimbra, Eça desempeñó durante tres años diversos papeles como actor en el Teatro Académico de la Universidad. Todos los que conocieron al escritor coinciden en señalar su innato talento para las tablas.

¹¹ Como actor del Teatro Académico de Coimbra, Eça interpretó el papel de Garção, en la pieza que escribió su compañero Teófilo Braga, titulada originalmente Sede de Justiça. La dirección del teatro cambió este título por el de Resignação y hoy hay que buscarla con el de Poeta por Desgraça. El asunto del drama es la persecución promovida por el marqués de Pombal contra el poeta Garção. La representación fue un fracaso, pero la actuación de Eça fue muy alabada.

¹² Tejido grosero de lana de color castaño.

¹³ Famosa expendeduría de tabacos situada en el Chiado. Fundada en 1865, era un lugar de encuentro y reunión de personalidades de la burguesía y de la política de Lisboa.

Aparece, por ejemplo, en *El crimen del padre Amaro* y en *Los Maia*.

¹⁴ Conocida sastrería situada en el Chiado, en el número 20-23 de la rua Garrett.

¹⁵ Nombre por el que se conoce a la parte baja de la ciudad de Lisboa, mandada construir por el marqués de Pombal después del terremoto de 1755.

¹⁶ Jardín enverjado situado en la Baixa de Lisboa que tuvo como origen una iniciativa del marqués de Pombal. Lugar muy frecuentado por la burguesía lisboeta.

¹⁷ Café de gran tradición literaria situado también en la Baixa. Sus tostadas eran, según el Dr. Martinho de La reliquia, «las mejores de toda Lisboa». En El primo Basilio se elogia su sorbete.

¹⁸ Partidos políticos portugueses surgidos a mediados del siglo XIX.

¹⁹ Monarca portugués de 1640 a 1656, octavo duque de Bragança, fue escogido por los responsables de la Restauração para ocupar el trono de Portugal. Al fallecer dejó el reino política y militarmente organizado.

²⁰ Tejido grueso de lana oscura, fabricado en Zaragoza.

²¹ La Praça do Rossio es el núcleo principal de la Baixa y uno de los espacios urbanos más citados en la novelística queirosiana. En el lado occidental se encontraba la casa de los padres del escritor.

²² Largo do Loreto, desde 1925 Largo do Chiado. Aquí se sitúan la casa Havanesa y el desaparecido Hotel Alliance.

²³ Francisco Rodrigues Lobo, poeta portugués (1573/74 - 1621).

²⁴ Academia literaria portuguesa de la segunda mitad del siglo XVIII, cuyo objetivo era el retorno a los estilos y géneros de inspiración grecolatina o del renacimiento portugués. Fue la primera academia en aceptar que no se utilizara la rima. Los principios de la Arcadia fueron más tarde retomados por la Nova Arcadia de Curvo Semedo.

²⁵ Militar portugués (1462 - 1515), fue virrey de la India. Gracias a su labor como estratega militar y diplomático, se crearon las bases del Imperio Portugués de Oriente.

²⁶ Bernardim Ribeiro, poeta y novelista portugués de los siglos XV y XVI. Poco se sabe sobre su biografía. Fue el iniciador de la poesía bucólica, es autor de *Menina e Moça* y de una considerable obra lírica.

²⁷ Monarca portugués (1554-1578), conocido como «el deseado». Su muerte en la batalla se Alcazarquivir hizo surgir el mito del Sebastianismo, corriente que afirmaba que don Sebastián no había muerto en dicha batalla, y que volvería para restaurar la independencia del reino (bajo dominio español desde 1580). Otros ven en el Sebastianismo el deseo del regreso a una gloria nacional perdida, independientemente de la figura de don Sebastián.

²⁸ De todo lo que se puede saber.



ESTUDIO DEL DIARIO ÍNTIMO Y PERSONAL EN ESPAÑA

Lunes 13 de diciembre de 2004

Recibimos por fin la resolución oficial de la concesión del proyecto de investigación solicitado «Estudio del diario íntimo y personal en España» (HUM2004-04308). Desde el principio pensamos en la conveniencia de tener una primera reunión que nos permitiera intercambiar impresiones y dar coherencia a los plurales intereses de los miembros del equipo. De modo que convocamos un encuentro el 25 de febrero en la sede, modesta sede, de la UEB

Viernes 25 de febrero de 2005

En una sala de juntas amablemente cedida por el departamento de Lengua Española de la Facultat de Filologia de la UB, los implicados en el proyecto celebramos de diez a dos la primera reunión conjunta

Se acepta la propuesta de integrar los plurales trabajos previstos en el proyecto en uno solo: la elaboración de un libro en forma de diccionario cuyo título provisional podría ser *El diario en España. Teoría y práctica*. Se trata de un proyecto ambicioso que incluye un amplio campo de investigación en el que casi todo está por hacer. Para empezar ni siquiera el DRAE (vigésimo segunda edición) es sensible a la importancia cultural del fenómeno, pues registra la acepción *diarismo* como equivalente a periodismo y señala como palabra en desuso la acepción *diarista*. Tras un fecundo debate, se acuerda que el volumen conste de tres tipos de entradas: las correspondientes a los diaristas más significados en todos los tiempos (previa elaboración de un canon); las de orden teórico-crítico; y las referentes a aquellas obras de indiscutible influencia en el desarrollo de la escritura diarística y por tanto merecedoras de un tratamiento específico. Nuestro objetivo prioritario es explicar la aportación del diario al desarrollo de la sensibilidad moderna y contemporánea, a fin de generar un conocimiento hasta ahora inexistente sobre esta realidad. Se contemplarán todas las literaturas hispánicas, traduciendo en su caso las citas puntuales que se incluyan en la entrada correspondiente

Por la tarde, después de un agradable almuerzo en el restaurante Bice, llevamos a cabo unas relaciones de conceptos (adolescencia, bitácora, cuaderno, exilio, guerra, intimidad, práctica, terapia, vejez...) y autores (Santa Teresa, Leandro Fernández de Moratín, Jacint Verdaguer, Manuel Azaña, Salvador Dalí, Joan Fuster, César González Ruano, Salvador Páñiker, Andrés Trapiello...) que consideramos relevantes para, seguidamente, írnoslos adjudicando. Jornada intensa y prometedora. Acordamos vernos todos de nuevo dentro de un año

Manuel Alberca
Anna Caballé
Celia Fernández Prieto
Jesús Ferrer
Mariana Genoud de Fourcade
Jordi Gracia
Jorge Larrosa
Claudio Lozano
Isabel Soler

Jordi Amat
Betsabé García
Elisenda Lobato
Tania Pleitez
Fernando Rodríguez Badimón
Rosa Tarrats del Rey

DONACIONES UEB 2004-2005

Inéditos

Héctor Anabitarte

Nadie olvida nada

José Antonio González Casanova

Diario de una (futura) memoria

Remei Pla

(sin título)

José Fernández-Arroyo

Mayo 2004. Dona parte de su archivo a la UEB

Blas Matamoro

Diarios (años 2003 y 2004)

CURSOS CONGRESOS ENCUENTROS

Memòries de vida. Una literatura necessària. Nuestro amigo Àlex Superviel organizó en la Biblioteca Tecla Sala de L'Hospitalet, entre los meses de octubre y diciembre de 2003, una serie de actividades relacionadas con el memorialismo español contemporáneo. Destacaron los diálogos que mantuvieron Oriol Bohigas y Anna Caballé, y Enric Sòria y Jordi Gracia

Un journal a soi. El maestro Philippe Lejeune visitó España a finales de febrero de 2004. En Barcelona intervino en un ciclo sobre la literatura del yo organizado por el Instituto Francés y también habló en la Universitat Pompeu Fabra. En esos actos y en diversas entrevistas concedidas a los medios, presentó su nuevo libro, una historia bellamente ilustrada sobre la práctica del diario íntimo en Francia. Como siempre, nuestro ejemplo a seguir



Signes de vie. Philippe Lejeune mantiene su tradición de recoger en libro sus últimos artículos publicados en torno a la autobiografía, que, en este caso, incorporan un explícito subtítulo, *Le pacte autobiographique 2*: «Treinta años después, este *Pacto autobiográfico 2* se propone volver sobre un trabajo que se ha extendido del estudio de las obras canónicas al de las 'escrituras ordinarias', de la autobiografía al diario, de la reflexión teórica al compromiso práctico, sin perder de vista jamás los efectos del 'pacto de verdad' que da su fuerza a estos signos de vida.»

Yo soy —escribe un poco más adelante, en el mismo prólogo— siempre el autor del *Pacto autobiográfico*, que cree, con Rousseau, en el compromiso con la verdad. Pero también en el autor de *Brouillon de soi* (¿cuándo traduciremos al castellano, adecuadamente, la obra de este gran crítico?), que conoce la movilidad de la vida

El libro recorre de forma directa, y cada vez más testimonial, cuestiones fundamentales derivadas de una dedicación exclusiva: vitalidad del *Pacto autobiográfico* veinticinco años después, la relación de la autobiografía con la historia (magnífica la entrevista con Philippe Artières: «Yo no soy una fuente»); la pedagogía de la autobiografía; su estrecha relación con la escritura diarística (que Lejeune mantiene desde los quince años)..., en definitiva, la apasionante deriva intelectual de un estudioso que ha hecho de la autobiografía un camino hacia el interior de sí mismo. Lección de maestro



Salvaging the self: memory, oblivion and the autobiographical text, Montreal, 15 y 16 de marzo de 2004, Department of Hispanic Studies, McGill University Seminar Series. Contó con Randolph Pope, Enric Bou, Debra Castillo, Anna Caballé, Juan Luis Suárez, José R. Jouve-Martín, Robert Richmond Ellis, Gina Herrmann, Enrique Serrano Asenjo y Emilia Deffis

Conferencia de Lidia Falcón. El 3 de mayo de 2004 Lidia Falcón dio una conferencia sobre *La vida arrebatada* –el segundo volumen de su autobiografía– en la Universitat de Barcelona, organizada por el activo Centre Dona i Literatura y la Unidad de Estudios Biográficos

Fondo Fernández-Arroyo. El 25 de mayo de 2004 José Fernández-Arroyo donó a la UEB su archivo documental. Fue un momento emocionante. Nuestro admirado diarista fue mostrándonos los materiales que depositaba en el «Archivo de la Memoria» con su habitual sencillez, con su tenaz generosidad. Se trata de un valioso conjunto que no sólo es útil para demostrar la calidad de su obra literaria, sino también para conocer capítulos olvidados de nuestra historia literaria reciente



Seminario de archivos personales, Madrid, 26 a 28 de mayo de 2004, Biblioteca Nacional. Se celebró con el objetivo de difundir la importancia de los archivos personales, especialmente los legados por grandes personalidades literarias, así como la edición de sus contenidos, entre los que destacan las cartas personales como vehículo de transmisión de las vanguardias y estilos literarios. Participaron Jean François Botrel, Enric Bou, Nigel Dennis, Ivan Lissorgues, Leonardo Romero Tobar...

Jornada de Homenaje a Carmen Laforet. El 11 de noviembre de 2004 se celebró un acto de homenaje a la que fuera estudiante de la UB organizado por la editorial Destino y la Facultad de Filología. El Aula Magna acogió las conferencias de especialistas en el conjunto su obra –representantes del hispanismo norteamericano como Roberta Johnson o Mark P. Del Mastro y profesores de nuestra Universidad–, pero también se quiso incidir en otras facetas de la trayectoria pública y privada de Laforet. Cristina Cereales evocó con emoción la figura de su madre y Malcom Otero Barral habló del presente editorial de la autora de *Nada* y de otros libros cada vez mejor conocidos y más valorados por la crítica. El profesor Israel Rolón, buen amigo de la UEB, desempeñó un papel destacado en estos actos de homenaje, en buena parte propiciados por su activísimo y fervoroso interés en la recuperación de la novelística, el articulismo y la correspondencia de Carmen Laforet

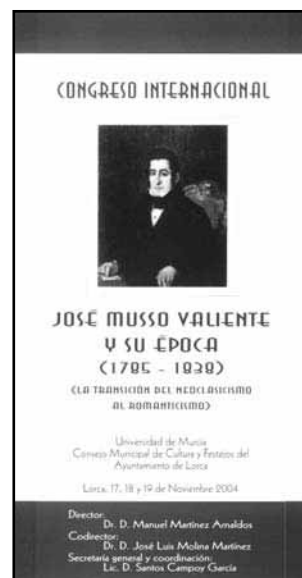
Prosa Memorialística Contemporánea. Asignatura optativa diseñada por Anna Caballé que lleva dos cursos en marcha, en los que han participado estudiosos (Mariana Genoud de Fourcade, Jean Pierre Castellani o Jordi Amat) y destacados escritores (Sabino Méndez, Jesús Pardo, José Fernández-Arroyo, Mauricio Wiesenthal o José Carlos Cataño). Desde la UEB consideramos la apertura al diálogo entre el estudio y la práctica de los géneros autobiográficos como uno de nuestros mayores logros

Paisatges de la Memòria. Durante el otoño de 2004 el centro cultural Caixafòrum acogió tres diálogos sobre literatura autobiográfica. Intervinieron Jorge Edwards y Josefina R. Aldecoa, Carlos Castilla del Pino y Anna Caballé, y Miguel Sánchez Ostiz y Valentí Puig

Memoria de la guerra y del franquismo.

Madrid, del 3 de noviembre al 15 de diciembre de 2004, Fundación Pablo Iglesias. Participan Santos Juliá, Paloma Aguilar, Josefina Aldecoa, Anna Caballé, Manuel Pérez Ledesma, Vicente Sánchez-Biosca, Román Gubern, Carme Molinero, Carolyn Boyd, Alicia Alted, Jordi Gracia y Javier Pradera

José Musso Valiente y su época (1785-1838), Universidad de Murcia, Lorca, 17-19 de noviembre de 2004. Coordinado por José Luis Molina (editor de la obra de Musso) y Manuel Martínez Arnaldos, y con la participación, entre otros, de Felipe Pedraza, María del Carmen García Tejada y Anna Caballé



II Congreso Internacional de Aleph. En este encuentro de la Asociación de Jóvenes Hispanistas (celebrado en Santiago de Compostela entre los días 7 y 11 de marzo) una de las mesas estuvo dedicada a «Biografías y memorias». Intervinieron Ana María Lago, Elizabeth Antequera, Antonio Martín Ezpeleta y Jordi Amat

Contar la Vida. Memorias, biografías y diarios íntimos. Albarracín, 19 a 22 de mayo de 2005. Sexta edición de los encuentros literarios organizados por la Fundación Santa María que dirige Antonio Jiménez, el «guardián del paraíso», en exacta definición del tenaz Antón Castro, alma mater de la iniciativa. Destacaron las aportaciones de Miguel Pardeza, Javier Barreiro, Fernando Sanmartín, Julio José Ordovás, Félix Romeo, José Luis García Martín, José Luis Melero, Mauricio Wiesenthal, Anna Caballé y Marcos Ordóñez

Jornada de Homenaje a Joaquín Marco. Con motivo de su jubilación, varios amigos y discípulos del catedrático Joaquín Marco se reunieron en el Aula Magna de la UB el día 2 de junio de 2005 para tributarle un merecido homenaje. Se destacaron tres facetas de la biografía intelectual de Marco: su peripecia estudiantil, la difusión de la literatura hispanoamericana y su creación poética. Tres sesiones conducidas por Adolfo Sotelo, Anna Caballé y Jordi Gracia, y que contaron con Sergio Beser, Laureano Bonet, Gabriel Oliver, Julio Ortega, Beatriz Pastor, Luis García Montero, Joan Margarit y Jesús Ferrer, entre otros



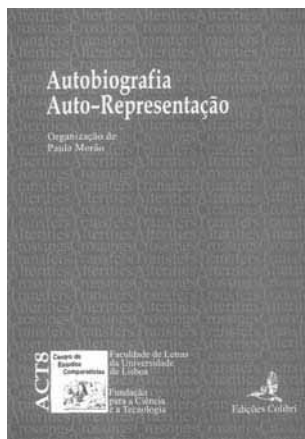
El dietarisme i el nou dietarisme dels blogs. Sant Cugat, 6 y 7 de junio de 2005. Tercera de las Trobades de Creadors que este año organiza la Institució de les Lletres Catalanes y que contó con el apoyo del portal Vilaweb y la dirección de Enric Bou y Oriol Izquierdo. Interesantes reflexiones de Miquel Desclot, Vicenç Pagès, Enric Sòria, Sam Abrams, Xavier Pla, Teresa Amat, Feliu Formosa, Antoni Ibàñez, Màrius Serra, Laia Gargallo, Biel Mesquida, Àlex Susanna, Vicenç Villatoro, Josep Piera y Pere Rovira. El desarrollo de las cuatro sesiones en torno a las similitudes y diferencias entre dietarios vegetales y digitales pudo seguirse en línea gracias a la minuciosa *Blogcrònica* (<http://blocs.mesvilaweb.com/dietaris>) que llevó a cabo Toni Sala. A quién debe atribuirse la responsabilidad de los comentarios anónimos en un blog, se preguntó Vicenç Pagès. Sam Abrams expuso una pormenorizada taxonomía del diario íntimo. Antoni Ibàñez leyó su manifiesto *blogpoético*: «Escribimos porque no sabemos vivir o porque la vida se nos queda corta demasiado a menudo. La ultravida literaria nos salva del naufragio diario (...) Lo dicho está por encima de lo vivido. Decir es existir más allá del espacio y del tiempo». El primer día se cerró con un recital de fragmentos de dietarios publicados o inéditos a cargo de algunos de los autores invitados. Al día siguiente Màrius Serra señaló «la lectura tensa del cazador» como característica de la manera de seguir un blog, la propia de un estudiante apresurado, en contraposición al mayor sosiego que emana de la letra impresa. Para Vicenç Villatoro el dietario es «la escritura de la enfermedad. Sólo un ególatra puede pensar que lo que escribe tiene interés para los demás». Biel Mesquida, en la ronda final de intervenciones, expuso esta conclusión: «El blog sería esa práctica que puede llevar a una gran conciencia del lenguaje inédita»

PUBLICACIONES

Mayo de 2003. La UEB colabora en el repertorio que el Servei de Biblioteques i Patrimoni Bibliogràfic preparó sobre las materias de Geografía, Historia y Biografía



Noviembre de 2003. El profesor Joan Prat, de la Universitat Rovira i Virgili, es el coordinador del excelente número 23 de la *Revista d'Etnologia de Catalunya* cuyo dossier –«Vida, memòria i oblit»– reúne los trabajos del Grup de Recerca Biogràfica dedicado al estudio y la recuperación de la memoria social. Muy interesante la introducción de Prat («La producció del discurs autobiogràfic: contextos, enfocaments i disciplines») que arranca con una pregunta: «¿Es necesario que el antropólogo conozca, o quiera conocer, los discursos teóricos que producen otras disciplinas –la sociología, el psicoanálisis, el periodismo, la historia o la historia oral– o, por el contrario, es preferible que se limite a controlar sus herramientas técnicas, metodológicas y teóricas que le proporcionan su propia disciplina y que, por su proximidad, les son más familiares?» A dar respuesta a este interrogante dedica Prat su artículo concluyendo finalmente que sí merece la pena dedicar esfuerzos y energías a conocer las estrategias que otras disciplinas generan para el desarrollo del método biográfico. En general todo el número se plantea como una reflexión sobre la necesidad de recuperar el tejido biográfico de la sociedad como forma inalienable de conocimiento

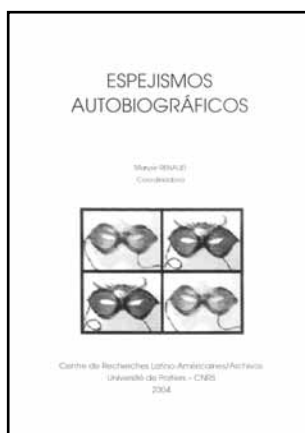


Diciembre de 2003. El Centro de Estudios Comparatistas publica *Autobiografia. Auto-Representação*, con artículos de Paula Morão, Clara Rocha, Philippe Lejeune y Anna Caballé

Temps d'Educació. «La pregunta sobre l'essència de l'educació remet necessàriament a la pregunta sobre la identitat personal que, al seu torn, depèn de la pròpia memòria». Son palabras escritas por la profesora Isabel Vilafranca en la presentación del monográfico sobre «Memoria y relato biográfico y de formación» incluido en el número 28 de la revista *Temps d'Educació* publicada por el Institut de Ciències de l'Educació de la UB. En él ocho investigadores, desde perspectivas diversas, abordan el asunto de la relación entre autobiografía y formación; el dossier se cierra con la autobiografía breve «Memòria i invenció: les dues riberes» de Teresa Romañá en la que esta profesora hilvana el relato de su vida con reflexiones sobre la teoría de la educación.

Enero de 2004. Tras varios años de preparación, Anna Caballé publica la biografía *Francisco Umbral. El frío de una vida*

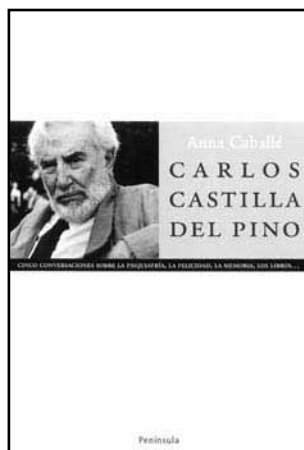
Febrero de 2004. Monográfico en la revista *Quimera* sobre la escritura autobiográfica, coordinado por Celia Fernández y Anna Caballé y en el que participan Manuel Alberca, José María Pozuelo Yvancos, Fernando Durán López, José Romera Castillo y Jordi Amat



Espejismos autobiográficos. El Centre de Recherches Latino-Américaines / Archivos de la Universidad de Poitiers ha publicado *Espejismos autobiográficos* (2004) en colaboración con el CNRS. El volumen, coordinado por la profesora Maryse Renaud, recoge trabajos relacionados con el iberoamericanismo y la escritura autobiográfica. Los enfoques son plurales, pero domina la perspectiva que da título al volumen: la autobiografía considerada como una tarea imposible, y fuente, sin embargo, de «distorsiones, transgresiones, ilusiones y espejismos». Ficción, en definitiva, autoficción: otra vuelta de tuerca.

Memòria de Lleida. Dotze converses personals sobre la vida i la història recent (Pagès Editors, 2005). Josep Varela (Besalú, 1943) –catedrático de Matemáticas y político en activo hasta fechas recientes– es una de las personas más relevantes de Lleida y de los que más hace por el crecimiento cultural de la ciudad. «L'aspiració dels països ha de ser tenir la màxima consistència possi-





ble», escribe Varela, un hombre comprometido con su tiempo. Buena prueba de esta convicción y de su actividad es este conjunto de conversaciones con personas vinculadas a sus tierras y que conservan algo importante que decir. Se trata de un libro riquísimo en anécdotas, experiencias vividas e historia ciudadana. Un libro que nos hace pensar si los personajes que desfilan por sus páginas (hay de todo: pedagogas, empresarios, pintores, escritores...) forman parte del pasado, del futuro. Porque en lo que dicen encontramos sabiduría, madurez, amor a la vida y, al mismo tiempo, vidas llenas de amor. «Encara he tingut temps de veure alguna persona que tenia cultura ...» dice, severo, el pintor Lluís Trepal

Marzo de 2005. Manuel Alberca y José María Pozuelo Yvancos teorizan sobre las autoficciones de Javier Marías en *Revista de Occidente*. La UEB coordina para la misma publicación un número dedicado al memorialismo barcelonés y madrileño en el marco del Any del Llibre i la Lectura

Mayo de 2005. La editorial Península lanza el libro de conversaciones entre Carlos Castilla del Pino y Anna Caballé

Junio de 2005. Jordi Manent publica *Pompeu Fabra a l'exili (1939-1948)*, que mereció el Premi Fundació Ramon Trias Fargas 2004

Septiembre 2005. La UEB prepara un monográfico de *Revista de Occidente* sobre Barcelona y el Memorialismo, dentro de la programación del Any del Llibre i de la Lectura

TESIS DOCTORALES

Stendhal y la educación. A propósito de *Vie de Henry Brulard*. Rosa Tarrats del Rey, noviembre de 2003. Tesis dirigida por el Dr. Claudio Lozano Seijas

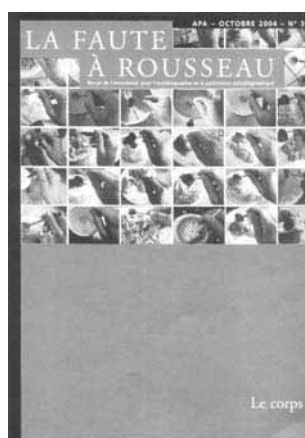
A partir de la regia autobiografía *Vie de Henry Brulard*, me asomo al pasado que el escritor grenobles retrata, enfocando la sociedad del ocaso de la Ilustración entrando de lleno en el periodo de la Revolución Francesa del final del XVIII y de la primera mitad del XIX. Intento con ello comprender como se va formando/transformando el niño Marie-Henry Beyle en Stendhal desde el espacio del Dauphiné histórico hasta otros lugares formativos/educativos: París, Milán... Mediante tres apartados intento configurar el puzzle que me lleva a la construcción del sujeto contemporáneo de la educación acercándome al entorno socio-familiar y cultural de la época, y con ello desvelar los factores condicionantes que le llevarán a testimoniar sobre dichos periodos y plasmarlos en la escritura



El diario y su aplicación en los escritores del exilio español de posguerra. Eusebio Cedena Gallardo, Curso 2003-2004. Tesis dirigida por el Dr. José Romera Castillo

La tesis, que con el mismo título ha publicado ya la Fundación Universitaria Española (con prólogo de José Romera Castillo), está dividida en dos partes. En la primera Cedena expone las principales líneas teóricas sobre el género del diario y explica cuál ha sido su cultivo en España. En la segunda parte analiza el corpus diarístico de los escritores del exilio por formas, temas y autores; de estos últimos destaca a Juan Ramón Jiménez, Ramón Gómez de la Serna, Juan Larrea, Ramón Gaya y Manuel Azaña

LA FAUTE À ROUSSEAU



Larga vida a *La Faute à Rousseau*. Desde hace casi trece años, y de manera regular cada cuatro meses, llega puntual a la cita *La Faute à Rousseau*, la revista de la francesa Asociación para la autobiografía y el patrimonio autobiográfico. Nos hemos acostumbrado a su visita (nos acostumbramos siempre con facilidad a lo bueno) con la misma confianza que esperamos a un familiar o una persona querida, seguros de que no nos defraudará. Pero sabemos que esta estupenda revista aparece gracias al impulso generoso de mucha gente que no vive de esto, si acaso vive para esto, y que pone todo su empeño de no fallar al compromiso. Nadie desconoce el mérito que esto tiene. Desde los comienzos la revista cumple con solvencia la función comunicativa, de relación e intercambio entre los socios «apaístas», devotos de la lectura y escritura autobiográficas, y la informativa. Cada número nos ofrece un documentado y completo dossier sobre un tema, tratado sin resabios académicos y desde múltiples perspectivas, muchas veces con un tratamiento personal, autobiográfico. Desde octubre de 2003 a junio de 2005, se han ido sucediendo, entre otros, los dossiers sobre «Le journal personnel», «Écriture et thérapie», «Le corps» o «L'argent». De dinero, mejor de la falta de dinero, y del milagro que supone sacar adelante, sin apenas ayuda oficial, una publicación como ésta, nos hablan en el editorial de este número su director, Denis Dabbadie, y Philippe Lejeune: «La riqueza del APA es el vivero de sus socios y el entusiasmo de su trabajo voluntario». Para las próximas entregas anuncian monográficos sobre «Croyances» y «Le nom», cuestión de fe y de compromiso. ¡Qué no decaigan! Al otro lado de los Pirineos seguimos esperándoles

Association pour l'autobiographie. En mayo de 2005 las jornadas del Apa en la hermosa ciudad de Marly-le-Roi versaron en torno a las creencias. Creencias heredadas como testimonios de vida, religiosos, ideológicos... Forman parte de nuestro patrimonio y las vivimos de distintas maneras. Para tratar de ellas el Institut National de la Jeunesse et de l'Éducation Populaire nos situó en un maravilloso entorno. Guy Mercadier nos habló en su taller de «Las creencias en la literatura española contemporánea», con especial atención a la obra de Jorge Semprún. De entre los muchos talleres, cabe destacar «Creencias y fe: las mías y las otras. Fenómenos religiosos e irreligiosos. Fronteras y puntos comunes de distintas creencias»; «Autobiografía y fotografías»; «Creencias: una herencia que se transforma al hilo del tiempo y de las generaciones»; «Enseñar la autobiografía en el colegio y en el liceo actualmente». O el de Denis Dabbadie: «Todo lo que quisisteis saber sobre las publicaciones del APA». También hubo tiempo para el cine y el teatro: una hermosa película, «Historia de un secreto», el silencio autobiográfico, las distintas sensibilidades que se reflejan en las imágenes y las palabras de Mariana Otero sobre la vida y la muerte de su madre, la pintora Clotilde Vautier. Y la obra de teatro «De boca a oreja», homenaje a todas aquellas personas que de forma anónima prestan su oído a los frágiles, a los heridos, a los humillados de nuestra sociedad